



Indudablemente era Chicago, al menos, mi mente así lo relaciona, seguramente gracias al énfasis que ponen los yanquis a la hora de promocionar éste estado americano en cientos de films, novelas etc. Siempre lo han hecho situando la acción en los años treinta, con sus habitantes tocados con sombrero de fieltro y amplia ala, tocada por delante y por detras en sentido inverso, trajes de caballeros a rayas con fondo oscuro y cara seria, cara rígida, mirada clínica y brava; las mujeres con vestidos "maxi" de marcadísimas hombreras que daban forma casi irremisiblemente de trapecio a sus torsos femeninos; carniceros, dependientes, banqueros, camareros, todos con caras asustadas y de paciente complacencia por lo que en cualquier momento puede suceder a su alrededor.

Súbitamente, la calle se ve llena de coches: "Citroen-Rana", "Balillas", Ford; un ruido inconfundible anuncia que unos hombres están vaciando los cargadores de unas armas automáticas que manejan con endiablada soltura. Todo es rápido y las consecuencias de ese tiroteo son... como lo fueron ayer y como seguramente serán mañana. Un repartidor de no se que cosa, yace en el suelo, el escaparate de una cafetería ha dejado que sus tal vez fragiles cristales, salten al suelo haciéndose mil y un pedazos; un "limpia" que se la temía, se libró porque como conocedor del ambiente, se puso a cubierto bajo un tosco velador rematado con una dura y blanca plancha circular de mármol; algún desperfecto más, un poco allá calle abajo, en dos farolas y en un letrero que anuncia que hay allí un establecimiento de "2juegos" pero nada, normal, todo normal.

Pero... yo estoy allí ¿Y yo, que pinto yo en Chicago? de repente !Santo Dios! la voz metálica del inapelable despertador, me anuncia que el raung de la noche ha terminado y que lo que procede en ese momento es "tomar tierra" y ponerse a vivir viviendo. Bajaba ya a la calle, detrás había quedado la ducha y el afeitado todo de forma automática y aún bullia en mi cabeza, la mala pasada que me había jugado mi subconsciente representándome una serie de sucesos, que me habían hecho temblar.

De repente, me encuentro rodeado de "zetas", que con su escandaloso zumbido me ponía los nervios de punta -aún no me he acostumbrado a ese alarido- tres policías nacionales con su armamento reglamentario -supongo- en ristre, apostados detrás de un Land-Rover -también reglamentario- más allá, descubro mas boinas que evidentemente anuncian que allí alguien vigila también. En un recorrido visual reflejo, creo que estoy rodeado por no menos de 30 agentes. También vi gente corriendo, creo que mucha, esa gente que corre siempre, unas veces para ser espectador y otras para no ser protagonista, gente que parece estar deseando que ocurra algo aunque sea grave, para constituirse de pronto en espectador privilegiado. Naturalmente, también siento ganas de correr ¿por inercia? ¿por miedo? ¿por no desentonar? corro y me refugio en una cafetería, alguien estaba comentando con pelos y señales el suceso: "Han atracado el Banco", dice un señor, incluso han conseguido detener a los atracadores, ¿macarras? ¿chorizos? ¿profesionales? no importa, el cajero ha hecho accionar la alarma -ya saben ese complejo y carísimo artilugio que han tenido que instalar entre otros establecimientos los Bancos y Cajas de Ahorro- han movilizado a las patrullas y comisaría más cercana y en una perfecta intervención les han detenido; por cierto, que han pasado por delante de mí y no tenían en su cara la mas mínima muestra de preocupación, quizás, porque de sobra saben que no tardarán mucho tiempo en tener ocasión de intentarlo de nuevo. Relaciono todo esto que he vivido con toda naturalidad, esa naturalidad que se consigue a fuerza de observar con frecuencia hechos similares. !Ah! por supuesto ahora estaba en MADRID

T. Alonso